

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



D. FELIPE DE CASTRO.

La escultura como las demás bellas artes necesita para su mejor desempeño la construcción de algunas obras en las cuales se empuñe el buen nombre de una época y la reputación de los artistas de una nación. En los periodos de la historia de España donde los pertrechos de guerra y las exigencias turbulentas de la revolución imposibilitaron el libre ejercicio de las artes, no son numerosas las obras que pasaron a los tiempos venideros y por esta razón, no hubo en ellos un monumento que pueda llamar la atención de los inteligentes.

Las grandes obras viven de la riqueza y de la paz, y es menester que una noble emulación eleve el alma de los artistas. Entonces se estudian los modelos de la antigüedad y se hacen viajes al extranjero: de esta suerte recobra el arte el venerable magisterio de perpetuar las glorias de un pueblo.

QUINTA ÉPOCA — TOMO II. — AGOSTO 8 DE 1847.

Por esta razón el pié del viajero encuentra en Italia, por donde quiera que vaya, escombros de elevados monumentos y su vista se pierde en la cuenta de sus riquezas monumentales. Roma fué un pueblo que casi siempre llevó los estragos de la guerra fuera de su territorio, y la molición oriental de sus costumbres solicitaba del arte todos sus tesoros inagotables.

El Escorial también formula una época de restauración artística, y en sus fachadas, en sus claustros, en sus bóvedas y dentro de sus galerías se confunde la vista al recorrer las obras que á porfía el cincel y el buril han perpetuado para justa admiración de las generaciones venideras. Todos los artistas hicieron comparecer delante de sí á las personificaciones de la religión cristiana, y difícil será buscar nuevos objetos en la sublime historia de nuestro dogma, después de recorrer el Escorial.

Más tarde, el derribo del Alcázar de Madrid llamó la atención de los artistas españoles escitó las esperanzas de los jóvenes estudiosos: cuando se empezaron los trabajos para el nuevo palacio se echó de ver que no faltaban en la Península, genios privilegiados, que favorecidos por una honrosa protección, podrían renovar los buenos tiempos de las artes españolas.

Muchos son los nombres que pudiéramos citar en este lugar; pero como nuestro objeto es presentar la biografía de uno de los escultores que también trabajaron para el adorno exterior de este palacio, la cual no se ha publicado hasta ahora tal vez por un olvido involuntario, concluiremos por decir que entre aquellos debe contarse el apreciable escultor D. Felipe de Castro.

Este artista nació en la villa de Noya (reino de Galicia) en 1711.

Desde los primeros años de su niñez se dió á conocer por una capacidad poco común y una afición particular á la escultura que fué en todos tiempos una de las artes más privilegiadas. Los escasos recursos con que podía contar su familia, le señalaron desde luego el reducido círculo en que podría ejercer los rudimentos de la escultura, y así siendo protegido y auxiliado de esta suerte por medio de algunos artistas y personas que conocieron sus buenas disposiciones, llegó á estudiar los mejores modelos y á ejercitarse al lado de aventajados maestros.

D. Diego Sande escultor en la villa de Noya fué el primero á cuyo lado estuvo Castro, y más tarde abandonó su pueblo natal para estar al lado de D. Miguel Romay en la ciudad de Santiago. No satisfecho con los adelantos que había hecho en el poco tiempo que llevaba de ejercicio en la escultura, abandonó la antigua capital de Galicia y se dirigió á Lisboa donde estuvo año y medio ejercitándose con los mejores artistas de esta populosa corte. Desde Lisboa pasó á Sevilla donde residía el Monarca Felipe V, y en esta ciudad llevó la más estrecha relación con Mr. Rang pintor de S. M., hasta el extremo de presentarle y recomendarle á Don Renato Fremin primer escultor del Rey. Entonces fué cuando en compañía del escultor Silveira, gallego también y discípulo de Romay y bajo la dirección de Don Pedro Cornejo ejecutó las dos imágenes que tanto renombre le dieron; á saber: la de San Isidoro y San Leandro, que según el voto de los inteligentes recomendaban el talento y la aplicación de Castro. Desde Sevilla se dirigió á Roma, llevando algunas cartas de recomendación de Fremin y Vieira pintor portugués, y al paso grabó al agua fuerte en Santucar de Barrameda, una peregrina, en alusión á su dilatado viaje. En Cadix se embarcó en 1755 para la capital del mundo cristiano, donde los artistas han podido estudiar en todos tiempos los mejores modelos, y allí formó su gusto en presencia de las obras debidas á todas las escuelas. Apenas llegó Castro á Roma y pudo observar la riqueza monumental que encierra esta población, se dedicó exclusivamente á la escultura y estudió atentamente las diversas obras que al través de los siglos señalaban una época de perfección en la escultura. Los célebres artistas Maini y Valle le abrieron las puertas de sus talleres y llegando hasta España las honrosas calificaciones con que era distinguido en Roma, le señaló Felipe V una pensión para que siguiese en esta ciudad con el decoro y la holgura que merecía su aplicación y talento.

Desde entonces Castro se vió halagado: en 1759 no teniendo más que 28 años de edad obtuvo el primer premio de la academia de San Lucas y le nombró su individuo; la de Florencia le distinguió con igual honor, y la de Arcades bajo el nombre Galezio Libadico le contó entre el número de sus individuos.

Sus obras eran elogiadas por los inteligentes y en-

tre estas merecen particular mención dos ángeles mancebos que hizo para la Iglesia de San Apolinar.

A la subida de Fernando VI al trono español fué llamado Castro á Madrid, y después de visitar á Florencia recibió en la Corte de España el justo galardón de su ingenio y aplicación. Aficionado á las obras clásicas y severo en su gusto, no perteneció á la escuela innovadora y sus trabajos se distinguieron por un constante estudio de la escultura griega y romana y por la buena distribución que dió á las formas. En sus obras se encuentra la sencillez unida á la verdad, y sin apelar á la exageración ni á los resortes ficticios que siempre señalan en las artes una época de decadencia, supo dar á sus concepciones la elevación necesaria y el colorido severo que es el que más se acerca á la naturaleza y el que está destinado por su propia índole á eternizar los productos de las artes.

En la corte hizo Castro los retratos de Fernando VI y de la Reina Doña María Bárbara, retratos que le granjearon el título de primer escultor del Rey, los de Don José Carvajal, D. Antonio Clemente, y los de Arostegui, el del erudito Fr. Martín Sarmiento natural de Galicia y muy amigo del P. Feijoo, y el de D. Jorge Juan. A los pocos meses fué nombrado director de las estatuas que eran destinadas para el adorno interior y exterior del Palacio Real y ejecutó las de Luis I, Fernando VI y su esposa y las de los reyes Ataúlfo, Valia, Turismundo, Enrique IV y Felipe II. Entre las obras que más llamaron la atención de los artistas nacionales y extranjeros debe contarse uno de los leones de la escalera de palacio el cual revela por sí solo el estudio y maestría de Castro. Seguramente no se podría esculpir de otra manera el símbolo del pueblo español y los amantes de las artes nacionales se verán obligados á elogiar esta obra maestra por la verdad de sus detalles y la filosofía de su concepción. Cuando se observa la posición y el orgullo que representa este león colocado á las puertas de la cámara de nuestros reyes, es necesario confesar que las artes cuando son manejadas con inteligencia poseen una oculta filosofía que revela su origen privilegiado.

Además de estas obras que ya podrían colocar á Castro en el rango de los escultores más distinguidos del siglo pasado, ejecutó otras de conocido mérito, entre las que se encuentra una efigie de San José para el convento del Carmen de Padron, hecha en Roma, algunos ángeles y mancebos y entre estos los que existen en el colateral del lado de la epístola en la iglesia de la Encarnación de esta corte, su busto y el de D. Francisco Perez de Prado para el colegio de Jesuitas de Teruel.

Castro después de merecer las consideraciones debidas á su reputación justamente alcanzada, tuvo algunos discípulos que siguieron sus consejos, y entre estos se puede contar al escultor Alvarez tan conocido por el gigantesco grupo del hijo defendiendo la vida de su padre, que se conserva en el Museo de escultura de esta corte, y por otras producciones de un mérito superior.

En 12 de abril de 1752 fué nombrado director de la Real Academia y presentó en la junta de su apertura un bajo relieve que representaba la fundación de esta distinguida sociedad. En 1765 se le nombró su director general, y en 1768 la de San Carlos de Valencia le remitió el diploma de académico de mérito de esta corporación.

Castro despues de haber adquirido muchas honrosas distinciones y ejecutado otras obras que inmortalizaron su nombre, murió en esta corte el día 25 de agosto de 1775.

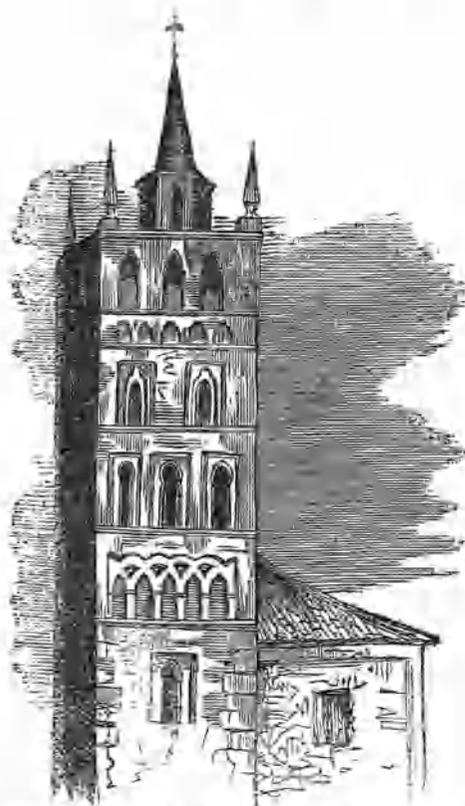
Este distinguido escultor conservando en su corazón un ciego amor á su país natal, hizo cesion de su numerosa librería á la Biblioteca de la Universidad de Santiago, y esta por su parte agradecida á esta distincion colocó su retrato al óleo (del que tomamos el que vá á la cabeza de este artículo), en frente al del Sr. Figueroa con esta elegante y sentenciosa inscripcion.

*Castrus adest: vultus quos ipse é marmore duxit
Natura aspiciens, credidit esse suos.*

Cean Bermudez en su *Diccionario de artistas ilustres* hace particular mencion de Castro y le coloca en el número de los artistas escritores. En verdad que para acreditar los honores y distinciones de la escultura sobre las demas artes tradujo del toscano y publicó en 1753 la obra titulada *Leccion de Benedicto Vasilio*, de cuya traduccion aun se conservan muchos ejemplares en la Biblioteca de la Universidad de Santiago.

A. NEIRA DE MOSQUERA.

ESPAÑA PINTORESCA



Torre árabe de la Iglesia de Sta. Maria en Illescas.

BREVES NOTICIAS DE ESTE PUEBLO.

Imposible parece que pueblos que han sido testigos de grandes acontecimientos, y han presenciado hechos notables, que la historia narra despues con entusiasmo, y nosotros leamos con desabrimiento, ha-

yan perdido absolutamente su importancia y quedado reducidos solamente á ocupar un sitio en el mapa donde el geógrafo les coloca (para cumplir con una obligacion que le impone la ciencia) y que atraviesa el viajero sin siquiera imaginarse que el hiello que ahora pisa fué teatro de grandes escenas, de que solo nos quedan las relaciones del historiador que, siempre imparcial, lo mismo cuenta los hechos acaecidos en la miserable y desconocida aldea que aquellos que tuvieron lugar en las ciudades de mas cuenta.

Nos han ocurrido las anteriores reflexiones al comparar el Illescas actual, al Illescas que fué en los antiguos tiempos, al Illescas de hoy que no contará cuatrocientos vecinos, al de los tiempos de D. Juan el II que contenia mas de 2,000, y era visitado continuamente de Reyes y Arzobispos, y en su alcázar, de que ni se conserva un solo cimiento, se aposentaron muchas veces los monarcas y sus familias, tratándose en sus magnificos salones asuntos de importancia para el reino.

La existencia de este pueblo data desde muy antiguo, sin que pueda decirse á punto fijo el año de su fundacion. Hay quien piensa fuese en el año de 2688 de la creacion (1), y que en su principio tuvo diferentes nombres, hasta que últimamente se le dió el de *Ilarcuris*, que andando el tiempo vino á quedar en *Ilarcuris*, cuya etimología hace salir dicho autor de *Ili*, palabra griega que significa ciudad, y *curelas*, sacerdotes, dando para probar su opinion este historiador, una porcion de razones que las pequeñas dimensiones de un artículo no nos permiten copiar; no obstante, Ptolomeo, que vivió por los años de 162 de Cristo, se ocupó ya de esta poblacion, y mas adelante Lutprando, que floreció en tiempo de los sarracenos, año de nuestra redencion 980, ya la dió el nombre de Illescas, hablando de esta villa con la misma ocasion que San Julian, y diciendo: «En el monasterio Dulaense en la villa de Illescas, puso San Idefonso una imagen de la bienaventurada virgen Maria, etc.» (2).

No ha faltado igualmente quien tomando este término de San Julian por latino, dijera que es compuesto de *illi erit*, palabras significativas y equivalentes de *illie escas* ó *illie quiescas*: esto es, *alli sera*, *alli las cometas*, ó *alli descanses*: todo lo cual quieren epilogar en el sincope de Illescas, imaginando haberse puesto este nombre á aquella villa, por mediar á igual distancia de Madrid y Toledo donde los caminantes parten la jornada deteniéndose allí; *illi erit*: descansando *illie quiescas* y comiendo *illi escas*. Todas estas gramaticales etimologías son vanas ideas, porque el nombre de Illescas es arábigo y no latino, y equivale, dice Covarrubias, á amor, deleite ó suavidad; bien que entendido á lo bárbaro apela sobre lo ilícito y torpe, á que á fuer de tales redujeron los moros esta su interpretacion, atendiendo á lo deleitoso de su terreno.

(1) El padre Fr. Gaspar de Jesus Maria, de Illescas, en un libro que escribió de las cosas notables de este pueblo, y los milagros de nuestra señora de la Caridad, que allí se venera. Titula su obra *Columna de Israel en la carpentería, y sacro paladion del Escio en Castilla*, y le dedica á nuestra señora de la Caridad. Pág. 128.

(2) La obra citada, pág. 113 y siguientes.

Hasta aquí el historiador citado, y nosotros nada pudiéramos decir de nuevo en materia tan oscura de suyo, y en que hombres muy eruditos han adelantado poco; sin embargo, lojeno será tener presente en apoyo de la última opinión, los restos que aun quedan de algunos monumentos árabes, tales como la torre que representa el grabado que encabeza este artículo, y varios arcos que aun existen en algunas casas de la población, con dos que sirven de puertas y entradas á esta villa, el uno hacia el camino que conduce á esta corte y el otro al lado de Poniente, y en el que se dirige á la villa de Ugena.

El conocido pintor español Villamil publicó en una lámina de las de su España Pintoresca el grabado de esta torre, pues al encaminarse á Toledo debió llamar su atención el excesivo mérito de este monumento, construido por los árabes cuando su dominación, sin duda, en aquel reino; no obstante la habilidad de tan célebre artista, al copiar dicho monumento estuvo tan poco exacto, y aumentó de tal manera los adornos con objeto de embellecerla quizás, que si nuestros lectores comparan la citada lámina con el grabado que hoy presenta el SEMANARIO, encontrarán una diferencia inmensa que redundará en perjuicio de nuestro dibujo; sin embargo, se deberá tener presente que el que hoy encabeza este artículo está hecho con tal exactitud y tanta verdad que representa la torre en el ser y estado que se encuentra, y creemos á penas habrá uno que la haya visto, que dude de su parecido.

Ignórase de todo punto cuando sería construida esta torre, aunque se supone que debió ser antes de la toma de Toledo por el rey D. Alonso VI, pues según Esteban de Garibay, conquistó este rey en segunda á Illescas, que aun se encontraba en poder de los moros. Mas tarde D. Alonso VII redimió á esta villa del dominio que en ella tenía entonces la iglesia de Segovia, cuyo documento de cambio se guarda en su archivo con esta inscripción en letra gótica: *Carta de Troque é cambio de Aguafuente é las Babandillas, por Illescas entre Madrid y Toledo.* Año de 1124 (era 1162). También existe la Carta Puelta y fueo municipal en que el mismo D. Alonso VII da á los vecinos y pobladores sus tierras y heredades con tal que cada uno pague por fuera un cañe ó caliz de pan por mitad. Le señala por aldeas ó Casarrubies (ó Casarrubios), Torrejo (Torrejón), Osenia (Seseña), Balaguera y Bobadilla. Sus pobladores debían ser franceses, gascones ó de Gascuña; pues manda que nadie tenga heredad ni empleo de villa si no fuese gascon. Este documento está espedido en el año de 1152. Dícese que Alonso VIII hizo donación de esta villa á la iglesia de Toledo en el año 1176 en agradecimiento de habersele aparecido á este rey un ángel que le reprendió de parte de Dios el escándalo que había dado al reino con el tan sabido amancebamiento que tuvo con la judía Raquel, y en la parroquia de esta villa (que está unida á la torre de que antes nos hemos ocupado, y cuya belleza por su arquitectura gótica merecía hablar de ella con detención) hay en el altar colateral del lado del Evangelio una pintura de muy poco mérito que representa el hecho que dejamos apuntado, esplicándole una piedra clavada en la pared del lado derecho de la capilla, en cuya inscripción se lee, en comprobación de lo

dicho, lo que sigue: «El año de 1195 en esta capilla se le apareció un ángel al rey D. Alonso el VIII etc.» Sin embargo, entre los muchos y muy buenos pergaminos que se conservan en el archivo del ayuntamiento de esta villa no hemos hallado ninguno que se ocupe de este hecho, que es extraño siendo tan notable.

Entre los acontecimientos mas graves ocurridos en este pueblo se cuenta que el año de 1422, el 15 de Octubre, nació allí una hija de D. Juan II que la nombraron Catalina, y fué bautizada en dicha villa. Después, en el siglo XVI, habitando en Illescas la Serenísima Señora Doña Leonor de Austria, hermana del Emperador Carlos V y viuda del Rey D. Manuel de Portugal, casó en esta villa segunda vez con Francisco I, Rey de Francia, y celebrado el matrimonio con toda la solemnidad que tan augusta ceremonia requería, se encaminaron á Torrejón, en cuyo castillo durmieron.

Con motivo de hallarse en este pueblo el santuario de nuestra señora de la Caridad, cuyos milagros son bien conocidos de propios y extraños, ha sido visitado varias veces por nuestros monarcas y sus católicas familias que han hecho muchos regalos á esta Sagrada imagen, especialmente el Rey D. Felipe II que donó al santuario un riquísimo terno blanco. Su hija la Serenísima infanta Clara Eugenia, un vestido de brocado blanco para nuestra señora, del cual bordó parte, y su hijo el Sr. Infante D. Fernando una cabeza de plata. D. Felipe III lo visitó en diferentes ocasiones, y su esposa la reina Doña Margarita le presentó un collar de oro y dos de sus vestidos, contándose entre ellos aquel con que se veló, y el Señor archiduque Alberto una gran lámpara de la primera plata que vino de Indias; además de esto, hay otras muchas donaciones de personas de gran cuenta.

Hacer la descripción de este santuario, y de la magnífica iglesia de Santa María, parroquia de esta villa, fuera tarea bastante larga para lo que permite un artículo de nuestro periódico, y lo único que dejaremos asentado es que del primero dió la planta el célebre Greco, y además hizo para él dos excelentes cuadros que aun se conservan en sus altares colaterales, siendo el de mas mérito, al decir de los inteligentes, el que representa á San Ildefonso; y de la segunda, que lo que existe de su primitiva arquitectura gótica, que es mas de la mitad, revela la grandeza de este templo en sus principios.

El castillo ó alcázar, de que ya hemos hecho mención, se conservó hasta el siglo XVI, y de él y la grandeza de esta villa solo quedan, la fama de su milagrosa imagen y los recuerdos para sus moradores....

N. R. DE LOSADA.



COSTUMBRES.

EL RETRATISTA.

En España ha venido á ser un acontecimiento notable el que un artista pinte un cuadro que no sea retrato: las bellas artes y la literatura corren parejas en nuestro suelo, ambas se mantienen de tradiciones. Antiguamente solo se retrataban personas de calidad; la familia real, el favorito del monarca, algun otro ministro, los reverendos padres generales de las órdenes religiosas, los obispos y el primojénito de una casa ilustre tambien se trasladaba al lienzo cuando llegaba á la edad viril, para continuar la no interrumpida serie de sus ascendientes, que tapizaba las paredes de sus salones y cuyas telarañas y agujeros daban más claro testimonio de la antigüedad de aquella estirpe que todas las ejecutorias y pergaminos de sus archivos: tales colecciones no las formaron en valde nuestros antepasados, que en el día prestan un servicio muy importante cual es el de suministrar excelentes figurines para los bailes de trajes. En este siglo desgraciadamente escasean mucho los Ticianos, que sino quedaríamos todos inmortalizados, tal es el empeño que ponemos en transmitir nuestra figura á las generaciones venideras; así que se hace sentir con igual vehemencia en el general que mira su uniforme cubierto de placas y condecoraciones y quiere que lo mire tambien la posteridad, como en la aldeana que contempla su ignorada belleza en el cristal de una fuente. Si los antiguos ponían en el número de los dioses á los autores de las grandes invenciones que satisfacian necesidades sociales, ¿con cuánta razon pudiera haber exigido culto el inventor del daguerreotipo!

Los retratos, como todo aquello en que interviene la vanidad humana, han estado sujetos al capricho de la moda. En época no muy lejana dió á los hombres por retratarse en mangas de camisa, cual si viviéramos en un clima intertropical. Despues estuvieron en boga los libros; imposible parecia que pudiera haber tanta variedad en un objeto que tan poco se presta á ella; se apuraron todos los tamaños y encuadernaciones, se presentaron de todos modos y formas, de canto y de lomo, abiertos, entreabiertos y cerrados. Esto ofrecia en verdad al retratado la ventaja de consignar con su figura la profesion que ejercia ó su lectura más predilecta: el juriscónculto meditaba sobre Ferrero, el médico apoyaba el codo sobre Boscasa, el canonista registraba con su índice las Decretales y el economista dejaba ver en un estante detrás de sí las obras de Smith, Say y Destutt-Tracy; de tal modo que una galeria de retratos de este tiempo pareciera una parodia de la escuela de Atenas. Pero insensiblemente hemos olvidado al retratista para ocuparnos del retrato, es decir anteponemos la criatura al Hacedor.

Clasificaremos primeramente al retratista en aficionado y de profesion. En el estudio de todas las artes y ciencias hay personas que se contentan con una ligera pintura, ya porque esto les basta para hacer satisfacción de conocimientos que no tienen, ya porque no alcanza á más su inteligencia, y otros se llaman á sí

mismos aficionados. La pintura es quizá el ramo más castigado por esta plaga, ¿y quién falta por lo menos un par de amigos pintores aficionados que la hablen de tono, ambiente, vagueza, colorido acorde, contraste, armonia y otros términos que ellos son los primeros que no entienden? Sin embargo el aficionado de talento se distingue á primera vista del necio aunque sepa menos; cuando le piden su dictámen sobre algun cuadro, para precaverse de un desatino que hiciera patente su ignorancia, ó habla vagamente de su mérito y defectos, ó sondea con disimulo el parecer de los más inteligentes y entonces espone su opinion con tono magistral mezclándose entre los profanos el crédito de entendido: no así el necio cuya pedantesca locuacidad y disparatados fallos revelan al punto su ninguna inteligencia. La historia del pintor ó retratista aficionado es muy sencilla. Cuando niño la ternura paternal le quiso adornar con este ramo de educacion; uno de esos maestros que escriben *Se dan lecciones de dibujo* por debajo de la muestra que tienen á la puerta, infunden en el tierno Apeles las primeras nociones del arte de Rafael. A las pocas semanas ya le parecen estrecho campo para su entusiasmo artístico los ojos y las bocas, pide pinceles y colores, quiere estudiar en el natural, quiere retratar que es el anhelo de todo principiante. ¿Pero cuál será la victoria? El condescendiente papá se ofrece al fin en holocausto á los deseos de su hijo, quien despues de horcar, deslucir y volver á principiar cien veces, da por concluida una especie de cabeza que llama retrato de su papá, sin que este se muestre resentido de tanta injuria. El cuadro se coloca en la sala, los amigos de casa, principalmente los que esperan algun favor del papá ó de la mamá, se estarian encomiando la precocidad de aquel naciente genio, y presagian una nueva era de gloria para las artes, si siguen cultivando sus prodigiosas disposiciones. El niño crece en años y en presuncion y á la vuelta de algun tiempo es un perfecto aficionado.

No seguiremos al retratista profesor en la inmensa escala de *soi disant* artistas, que tiene por primera grada el aprendiz de brocha gorda y concluye en esa elevada clase de pintores que llamaremos aristocrática, no solo porque constituya la aristocracia del talento en las artes, sino porque solo retrata á la aristocracia pecuniaria, única que reconoce este siglo. Ni la fama de que merecidamente gozan los que se cuentan en tan encumbrada categoria, ni los altos honorarios que exigen por su trabajo, son una garantia segura de que salgan siempre airoosamente de su empeño. En una de las ganancias de bolsa que hizo últimamente mi amigo D. Máximo Banquero, separó cien duros con destino á ser empleados en una decente imagen suya, cuya ejecucion encargó á uno de los más hábiles profesores. Antes de principiarse el retrato ya nos lo habia comunicado á todos los amigos invitándonos para que fuésemos á dar nuestro voto cuando estuviere concluido. Encontré á D. Máximo cuando fui á satisfacer mi curiosidad y su deseo, muy complacido de su efigie; admirando especialmente la fidelidad con que el artista habia copiado algunos accesorios, como la cadena del reloj, el alfiler de brillantes y la placa de Carlos III. El retrato estaba poca parecido y á fe que no era toda la culpa del retratista si hemos de hacerle entera justicia; era D. Máximo de fisonomia animada y picaresca, mas para retratarse habia tomado un as-

pecto de estudiada y ridícula gravedad que le hacía desconocer. Yo que no gusto de acibarar ilusiones halagüeñas lo elogé como habrían hecho probablemente los que me precedieron, pero la franca simplicidad de un majadero que entró poco después, vino á comprometerme y á anular por algunos momentos el gozo de mi amigo. Habíale colocado este delante del retrato esperando que lo saludara como todos con una salva de exagerados encomios, pero júzguese cuál quedaría nuestro buen Máximo cuando le oyó decir friamente:—Debe estar muy parecido pues tiene cierto aire de familia... pero veamos el de V.—Cómo! el mío? repuso vivamente D. Máximo.—Si señor, su retrato de V.—Ese es.—Ah! pues yo le habia tomado por el de ese hermano que me ha dicho V. tiene emigrado, o por algun otro pariente suyo, mas si efectivamente es el de V. le digo que no se le parece. D. Máximo me miró con muestras de grande asombro, yo entonces tiré de aquel brusco censor hácia otro lado diciéndole: síle está V. mirando á mala luz, aqui es donde tiene el verdadero punto de vista; y al mismo tiempo le hice seña de que mudara de opinion. Asi lo hizo y tuve el placer de dejar á mi amigo tan tranquilo como lo encontré, acerca de la exacta semejanza de su retrato.

El retratista de pinceles lisonjero, es decir, el que nos pinta no como somos sino como quisiéramos ser, es el que entiende mejor su propio negocio. En efecto, ¿quien nos espléndido cuando se mira con veinte años menos, corregidos y restauradas las imperfecciones é injurias que la naturaleza y el tiempo han estampado sobre su faz? Las mugeres sobre todo son inexorables en este punto: el retratista concienzudo bien puede renunciar á ser favorecido por el bello sexo. Y no sé las crea tan fuera de razon, ¡cuántas han debido su casamiento al indulgente pincel de un retratista! Para contentarlas, dice Moliere, sería necesario no hacer sino un retrato para todas, porque siempre quieren lo mismo; color de lis y de rosas, nariz perfecta, boca pequeña y ojos vivos y rasgados. (Le Sicilien, scene 12). Esta parte de la flaqueza humana fué ya conocida y explotada por nuestros antiguos artistas, segun se infiere del siguiente pasaje de Quevedo. «Porque los pintores son de suyo lisonjeros, y que tienen por oficio enmendar las faltas de la naturaleza, y viendo que en sus hijos é hijas pierden esta habilidad, pues los hacen feos, mandamos, que pues de esto no han sabido dar razon concluyente (1), pinten con fidelidad las demas que retrataren, y sin la mano sobre el pecho; porque haciéndolo les declaramos por gente vana, y que se alaban á sí mismos, pues es como decir que es la pintura de buena mano y de buena en mi conciencia, y no guardándolo mandamos que los llamen lisonjeros y aduladores, y que no agrade el retrato á quien se lo mandare hacer.» (Pítagmática del tiempo). Retratistas y retratos se han cuidado poco del anatema de nues-

tro festivo escritor, y han preferido seguir los consejos del abate Lindo de D. Ramon de la Cruz (1).

El estudio ó taller del retratista es un teatro de continuas y variadas escenas de costumbres é uno viene quejándose de que nadie le conoce en el retrato, otro trae la pretension de que se le añada una cruz que dejó de poner en el uniforme ó que nuevamente le han concedido, otro se empeña en que le han de variar la posicion de la cabeza cuando está ya casi concluida, otro quiere ajustar el retrato como si se tratara de un corte de chaleco ó de un cesto de fresas, ya uno al volverse estrega con el codo una cabeza recién pintada, lindimiento que causa una impresion indeleble en el feco y un sinsabor inesplicable en el pintor, ya otros, en fin, se ponen á tirar al florete con los lientos y al evitar una estocada hacen venir al suelo cabeza y lienzo con horrible fracaso. Estas y otras mil importunidades apuran la paciencia del retratista y le hacen adquirir esa flemática impassibilidad de que es una muestra la siguiente escena de que yo fui testigo. Estando undia en casa de un pintor donde pasaba algunas horas siendo espectador de los ridiculos incidentes que alli ocurrian, llamaron á la puerta con un fuerte campanillazo y casi en seguida entró en el taller uno que parecia criado, todo azorado diciendo: Venga V. conmigo al instante para retratar á un niño que está espiando.—¿V de qué edad es ese niño? respondió el artista sin levantar la cabeza de su trabajo.—No sé, allá lo podrá V. saber, pero véngase V. que quizá cuando lleguemos será tarde.—Y le han dicho á V. como deba ser ese retrato, de busto ó con manos, al óleo, al lápiz, á la aguada, ó al pastel, porque varian los precios...—No señor, porque la señora, que es quien me envia, no está ahora para pensar en eso y solo desea que le retrate V. á su hijo sea como quiera. En cuanto al precio le aseguro que si sale bien el retrato no quedará descontento.—Es que tendrian que tomarlo saliera ó no á su gusto, por lo cual convendria que fuera V. y lo adviertiera así, para ahorrarme yo de ir sino acomodaba.—Pero no le digo á V. que es cosa muy urgente y que tiene que hacerse ahora mismo; vea V. que la madre del niño, que yo creo que se vá á morir antes que su hijo segun lo afligida que se halla, me encargó repetidas veces que no me fuese sin V.—Pues nada, voy á poner por escrito las condiciones, y

- (1) LINDO. ¿V cómo vá de retrato?
 LEONARDO. Vede ahí—
 LINDO. ¿A la perfeccion?
 me parece, sin embargo,
 le cerrais mas la boca
 LEONARDO. Pero si Dios se la ha dado
 grande y vistosa, queréis
 que la haga seria quitando
 la semejanza?
 LINDO. Los ojos
 si estuvieran mas rasgados,
 brillaran mas
 LEONARDO. ¿Y en conciencia
 se le pareceran tanto?
 LINDO. [Qué conciencia! usted adule,
 y le pagarán doblado;
 aunque á cuantos de ellos y ellas
 retrate sea necesario
 para conocer quien son
 poner los nombres debajo.

(1) D. Ramon de la Cruz, *El retrato, capitulo 1*

(1) Si la dió líce muchos siglos un pintor romano, he aqui como lo refiere Macrobio en el libro segundo de las Saturnales.

Apud L. Mallium, qui optimus pictor Romae habebatur, Servilius Geminus forte coenabat. Cumque sillas ejus adormas vidisset, Non similitur, inquit, Malli, lingis et pingis. Et Mallius, In aenebris enim língis, inquit; líuce píngis.

No sabemos como Quevedo ignorara este cuento, pues cabalmente lo trae Macrobio para antes de otro de donde indudablemente nuestra autor tomó la líce del primer verso de su soneto á la nariz.

después que esa señora las vea, podrá V. volver á decirme lo que haya determinado. Y se puso á escribir con una calma que parecia empleada á propósito para mortificar la impaciencia de aquel pobre criado. Yo que no creia en un alma de artista tan refinado egoísta, me salí á la calle, renunciando á presenciar el desenlace de tan repugnante escena. Mas paseemos á bosquejar cuadros menos sombríos.

El retratista de provincia ageno á la ambicion y rivalidad que suele atormentar á los de la corte, vive satisfecho sin mas cuidado que el de poner cortapisas al discípulo que adelanta demasiado y amenaza destruirle; restaura cuadros antiguos, da lecciones de dibujo, especula comprando á la gente ignorante por muy poco cuadros buenos que vende luego con inmensa ventaja, pinta escudos de armas á los linajudos, decoraciones para el teatro, votos para los santos y retratos de la Reina para los ayuntamientos de la comarca. Entre estos pintores oscurecidos hay algunos de no escaso mérito, que tienen que aguardar á morir para ser aplaudidos y para que sean apreciadas sus obras.

No porque no hayamos hecho mención del miniaturista, se entienda que le tenemos olvidado. Si los grandes artistas no le admiten á su lado, si la posteridad no se cuida de adornar con su busto las fachadas de los museos, ni de abrir suscripciones para erigirle monumentos, su figura descuella tanto en un cuadro de retratistas que seria injusticia no destacarla del grupo general. Consiste el principal y quizá único mérito del miniaturista en tomar el parecido con la mas posible exactitud, verdad de que se halla muy penetrado: las notabilidades de la escena del parlamento, de la prensa, de la aristocracia, del mundo elegante, y alguna cabeza de un cuadro muy conocido, atestiguan á su puerta la profundidad de su talento imitativo. El arte no ser muy fuerte en el dibujo, expresion, composición, anatomía y demas partes teóricas de la pintura, motivos porque no se estiman sus obras después que se pierde la memoria del sujeto á quien representan, pero en cambio vence muchas veces en el retrato á los mas afamados maestros. Bien es verdad que tales conocimientos le serian casi inútiles aunque los poseyera en alto grado, porque ¿de qué le serviría ser consumado dibujante si para él la figura humana no pasa de la cintura, ni la expresion si solo ha de copiar fisonomías tranquilas y reposadas, ni la composición si sus cuadros no han de contener mas que una cabeza, y finalmente de que seria útil el estudio de la osteología á el que solo ha de pintar estirados fracs y morvidas gargantas?

En aventuras galantes suele el miniaturista representar papel muy principal: cuántas veces toma aceleradamente el croquis de una linda cabeza, que se deja ver algunos momentos detrás de una vidriera, ó por entre los hierros de una ventana, burlando la insupportable vigilancia de una cruel mamá! Cuántas el halago impensado de una miniatura ha turbado la paz de una familia, y cuántas tambien ha venido á establecerla y asegurarla! Y ya que hablamos de la influencia del miniaturista en la conservación de la paz doméstica, referiremos una historia indudablemente verdadera y será la última pincelada que daremos en el retrato del retratista.—Habia conseguido mi amigo Don Felix Bobadilla, después de haber pasado las dos terceras partes de su vida entre preso y emigrado por cau-

sas políticas, una plaza de oficial en un ministerio y con sus treinta mil reales de sueldo se hallaba constituido en una independencia y libertad de que habria gozado á lo menos mientras su partido estuviese en el poder, sino hubiera vivido en el cuarto frente del suyo una muchacha cuyos ojos árabes le daban mas en que entender que todos los espejitos y marimotretos de su oficina. No le fué difícil entablar relaciones con aquella familia, que tenia por jefe á un cesante, y tan bien le supieron poner la liga que no tardó nuestro Bobadilla en decidirse á doblegar la cerviz al terrible sacramento. Cuando lo consultó conmigo, le hice algunas observaciones sobre sus cuarenta y cinco años, y sobre la inquietud que constantemente asedia á un marido con pelo gris y muger jóven y alegre: me opuse los argumentos de costumbre encareciendo la necesidad de una compañera y de descendientes que hagan menos sobria la última edad. Yo viendo lo arraigadas que tenia sus convicciones matrimoniales, no insistí y me separé de él aprobando su resolución. Al poco tiempo recibí la tarjeta con el invariable «participa á V. su efectuado enlace»; pero yo que opino que no se debe fastidiar á los casados con inoportunas visitas durante la luna de miel, dilaté la mia tanto que llegó á olvidárseme. Pasaron muchos meses sin acordarme ni tener noticia de D. Felix, hasta la otra noche, que le encontré en el Circo, y apenas me vió se vino á mí y me apretó la mano con grande efusion de gozo, diciendo: mañana le espero á V. á comer.—Pues qué fausto acontecimiento...?—Es largo de contar, vámonos al café y allí hablaremos. En efecto nos instalamos en una mesa del café del Circo y D. Felix principió así su relación. Mi felicidad, amigo mio, data desde el día de mi casamiento, á pesar de los fatales pronósticos de V., pero he tenido un paréntesis de amargura que es lo que te voy á contar. El otro día al pasar por la Puerta del Sol cuando iba á la secretaria, me salió al encuentro un pretendiente y me detuvo para hacerme por centésima vez la narracion de sus cuantiosos méritos. Yo le escuchaba distraido, mas una dama que cruzó á poco no lejos de mí fijó mi atención, porque aunque llevaba el velo echado me pareció mi muger ó otra enteramente idéntica. Así que me vi libre de aquel importuno, seguí mi camino luchando con la duda de si aquella seria ó no mi muger, idea que me tuvo lo restante del día caviloso y de mal humor: bastará decirle á V. que ni aun devolví al ministro el afectuoso saludo que me aseguraba de su benevolencia. Al otro día me paré deliberadamente en el mismo sitio; á los pocos minutos vi venir á la misteriosa dama que no era otra que mi muger: la seguí á cierta distancia hasta cerciorarme de que habia entrado en un cuarto segundo de la calle de la Montera. En vano daba yo tormento á mi memoria para recordarsí allí vivia algun amigo mio ó amiga suya; al fin llamé en dicho cuarto, decidido á vindicar á cualquiera costa mi honor. Una vieja apareció en la rejilla de la puerta preguntándome que queria:—Entrar, le contesté.—Si es para ver al amo vuelva V. luego ó mañana porque ahora está muy ocupado, me replicó cerrando bruscamente la ventanilla. Al oírle decir que su amo estaba muy ocupado, hubiera deseado que se desplomara sobre mí la casa para que sepultara bajo sus escombros mi ignominia y los causantes de ella. Por no promover

un escándalo tomé el partido de marcharme á casa, donde despues de pasar una hora sumido en acerbas reflexiones, resolví orillar aquel negocio como hombre de mundo: escribirle un billete asignándole una pensión y separación perpétua. Así lo hice, y ya estaba poniendo por quinta y última vez *pérfida* cuando llegó mi muger. Al verme se sobresaltó grandemente creyendo segun me ha dicho despues, que me habia vuelto malo de la oficina; yo revestido de toda la dignidad de marido ultrajado, le entregué el papel en que habia escrito el terrible decreto; pasó por él los ojos, cambió de color, mas en lugar de desmayarse como en semejantes casos hacen las mugeres, ó de venir á echarse á mis pies implorando el perdon de su falta, soltó á reir estrepitosamente. Mi cólera iba ya á estallar tan fuertemente como sus carcajadas, cuando ella sacó del pecho un papel que contenia....

—Un tósigo? dije interrumpiendo al Bobadilla.

—Qué no, un retrato suyo. Te acuerdas, me dijo, que antes de casarnos me diste tu retrato? pues ahora yo queria recordarte el aniversario de nuestro casamiento dándote el mio, y para tener el placer de sorprenderte te lo habia ocultado.—¿Con que aquella era la casa del retratista?—Pues no viste la muestra?

El desenlace me parece escusado referiroslo.

—Si, seria como el de los celos infundados ó el marido en la chimenea.

—Justamente. Con que mañana no faltará V.

—Iré por tener el gusto de ver ese retrato que ha devuelto á V. su felicidad.

—Eso no podrá ser porque segun me ha dicho hoy mi muger, lo ha llevado á que lo monten en un bonito marco.

Con esto y los saludos acostumbrados acabó nuestro diálogo, pero no la historia. La idea del retrato me trajo á la memoria el deseo que me habia manifestado mi familia de que le enviase el mio. Fui al dia siguiente de tener esta conversacion con mi amigo, á casa de un miniaturista, el cual me dijo no podia ocuparse entonces de mi porque estaba concluyendo apresuradamente una copia de uno de señora que alli tenia; me lo mostró y hallé que era el de la muger del buen Felix.—Cómo ha venido á poder de V. este retrato?—Ayer, contestó, me lo trajo la misma señora de quien es, para que lo copiase, prometiéndome una buena recompensa si lo hacía pronto y bien; y esta mañana ha venido un caballero repitiéndome la misma promesa con las mismas condiciones.

Esta segunda parte de la historia no la sabe el Bobadilla, ni es conveniente que la sepa, por lo que te aconsejo, amigo lector, que no desmientas esta vez tu fama secular de discreto, dando al través con su soñada felicidad conyugal.

JOSE GODOY Y ALCENTARA.



MADRID ARTISTICO.



EL CONVENTO DE ATOCHA.

Este célebre monasterio, que se halla situado al Mediodia de las cercas del Buen Retiro, fué fundado en tiempo del Emperador Carlos V por Fr. Juan Hurtado de Mendoza, su confesor, en el mismo punto en que existia una ermita pequeña de nuestra señora de Atocha, sobre cuyo origen, antigüedad y nombre existe una antigua crónica relativa á la batalla que tuvo un tal Garcia Ramirez con los maros de Madrid, y á los milagros que diz hizo en aquella ocasión la Virgen. Los historiadores de Madrid, entre ellos Quintana y Gil Gonzalez Davila, se han extendido largamente sobre esta materia.

Sucesivamente fué aumentándose la magnificencia y suntuosidad del templo, hasta que en 1809 los franceses le convirtieron en cuartel, llevándose el inmenso tesoro de cuadros, esculturas y alhajas que alli habia.

Al regreso del Rey D. Fernando VII á España se dispuso restituir el edificio que fué renovado casi por completo, construyéndose el elegante altar mayor que hoy existe, por el arquitecto D. Isidro Velazquez, adornando toda la iglesia con buenos retablos, estatuas y cuadros. Tambien se dispuso que se depositaran en la iglesia los estandartes y banderas de los antiguos tercios, armadas y regimientos españoles, y los conquistados á sus enemigos, los cuales se hallan hoy simétricamente colocados sobre la cornisa de la nave. Esta es grande y espaciosa, pero su arquitectura nada ofrece de notable: tampoco lo es la portada del templo, que se vé en nuestro grabado, y en cuyo centro existe un escudo con las armas reales y una estatua de Santo Domingo. En la actualidad el convento ha sido destinado para cuartel de inválidos, pero en el templo continúa el culto, y en él se celebran las ceremonias de la jura de banderas de los cuerpos del ejército, y de las fiestas reales á que asisten SS. MM.